

PARTE PRIMERA
LA CRISIS STANLEY

1. EL SECUESTRO

Miércoles, 17 de septiembre de 1997

Florence, Arizona

—Después de expuesto el interior del tórax, el aspecto macroscópico de los pulmones es claramente patológico. A primera vista, se aprecia un intenso edema pulmonar bilateral y la superficie de ambos pulmones presenta múltiples áreas hemorrágicas. Da la sensación de que ambos están exageradamente endurecidos. A continuación, procederé a tomar una muestra del líquido pleural y luego extraeré y pesaré los pulmones. Etiqueto las muestras como CHIMP3-SN5PF-09/13, CHIMP3-SN5RL-09/13 y CHIMP3-SN5LL-09/13.

Media hora más tarde, el doctor Jean Villeneuve se sumergía, totalmente vestido, en la ducha química esterilizante. Los chorros de líquido antiséptico se escurrían por el visor de su escafandra y le impedían ver bien el rostro que asomaba al otro lado de la mirilla de vidrio de la puerta blindada. “Esa debe ser Mónica —pensó sonriendo—, el mejor cuerpo de todo el instituto. Me vigila de cerca, no vaya a ser que me pase algo en la ducha y se quede sin saber lo que le ha hecho su jodido bichito a ese pobre chimpancé. No le bastará con leer el informe, no; querrá que se lo cuente yo mismo, en vivo y en directo, con todos los detalles escabrosos. ¿Serán todas las suecas así de morbosas?”

—Hola, Jean —saludó la doctora Sundqvist según se abría la puerta de la cabina— ¿Qué has visto?

—No sé qué decirte, Mónica —sonrió Villeneuve—; depende de cuál vaya a ser mi recompensa.

—¡Venga, Jean, por Dios, pareces francés! Yo pensaba que en Quebec erais más independientes.

—*Touché, mademoiselle* —contestó el patólogo llevándose una mano al corazón—. Pregúntame lo que quieras. Soy tu esclavo.

—¿Eran las mismas lesiones?

—A primera vista, sí, pero ya sabes que hasta que no corte y mire por el tubo no te digo nada definitivo. Desde luego —se ablandó—, me extrañaría mucho que no lo fueran. El aspecto externo es idéntico al de los dos anteriores: edema intenso y pulmones como piedras. ¿De dónde has sacado esa monada?

—Necesito un café —dijo la viróloga, abatida—, doble y bien cargado.

Minutos después, la conversación continuaba a tres bandas en un rincón de la cafetería. Estaba con ellos Walter Faraq, un joven biólogo molecular, hijo de libanés y nacido en Boston, que disfrutaba de su segundo año de beca en el laboratorio de Virología bajo la supervisión de la Sundqvist. Era su becario preferido, pero ahora se dirigía a él con dureza.

—Tiene que haber algo equivocado en esos cultivos, Walter. Ya sé que has

revisado los protocolos cien veces, que los cariotipos son correctos, que los controles de susceptibilidad a hantavirus han salido siempre bien, que no hay ni rastro de micoplasmas. Pero no me importa. Tendrás que hacer todo eso otras cien veces; y luego cien más, si hace falta. Las brujas no existen.

—¿No puede ser que esas muestras de virus tengan algún problema? —se atrevió a observar el becario con timidez.

—¿¡Algún problema!?! —repitió su jefa dirigiéndole una mirada incendiaria—. Pregúntaselo a los tres chimpancés que llevamos despachados en las últimas seis semanas. Pregúntaselo a Jean, que ha abierto en canal a los tres y les ha destripado los pulmones. Esos sí que han tenido un problema. Y entérate: nos queda un único vial de virus en el congelador. Si lo perdemos también, si no lo hacemos multiplicarse en esos malditos cultivos, nosotros sí que vamos a tener un problema. Yo me tendré que volver a Estocolmo, a pasar frío. Y tú te despedes de tu tesis y de tu beca. Esos sí que serían problemas. Mañana a las ocho empezamos de nuevo —continuó, más calmada—. Empezamos desde el principio. Pero no te preocupes, Jean, ya no habrá más chimpancés.

Cuando Walter Faraq abandonó el laboratorio, el aparcamiento estaba oscuro y eran pocas las ventanas que conservaban luz. Había pasado toda la tarde encerrado en la biblioteca repasando hoja por hoja todos sus protocolos, revisando cada paso en los experimentos y leyendo de nuevo cada línea de los informes de anatomía patológica. Esa sueca estúpida era una incompetente, pero él estaba allí para no perder detalle de nada, para interpretar cuidadosamente cualquier dato. Más adelante, hasta el último indicio podría ser importante. Y no había duda. Los tres chimpancés habían muerto de una infección pulmonar fulminante y los cultivos celulares estaban perfectamente bien, pero el virus no crecía en ellos. Ese virus había sido manipulado para evitar que otros lo cultivasen, y el que lo había hecho sabía muy bien lo que se hacía. Su jefa tardaría aún algún tiempo en enterarse, pero él lo sabía ya. Las brujas no existen.

Ese fin de semana haría una de sus escapadas a Méjico. Seguramente le costaría el trabajo, pero daba igual, no pensaba volver. Ya no tenía nada que aprender allí. Ahora tenía una información importante que sólo él conocía y que debía transmitir con la máxima urgencia. Luego —ya muy pronto— tendría que asumir otras responsabilidades. No le asustaba. Estaba preparado.